

ñana, mañana será atendida su solicitud; y el ministro deja al fin de gobernar y el pretendiente sigue pretendiendo, y en rigor no se puede decir de aquel que haya faltado á su palabra.

Nos espantariamos si viéramos un instante reunidas á las víctimas del mañana; mejor dicho, víctimas tuyas somos todos. ¿Quién no ha perdido una esperanza, una ilusión, la salud ó el interés en un negocio cualquiera? Pues ese negocio, esa esperanza, esa ilusión, son otros tantos estragos del mañana engañoso.

Del ayer al hoy, todo el mundo lo sabe, se pasa en un momento, en una sola oscilación del péndulo, en lo que tarda en sonar la última campanada del reloj que da las doce de la noche; entre el hoy y el mañana media un abismo infranqueable, la eternidad del tiempo.

¿Qué es entonces el mañana? Es la ilusión burlada, es la esperanza perdida, es la promesa que no ha de cumplirse, es, en el desierto de los siglos, el oasis que al acercarnos á él se desvanece.

No os fieis, pues, de ese día imaginario: si algo en la vida os interesa ú os conviene, resolvedlo hoy sin más tardar; si algo os mortifica y os molesta, dejadlo para mañana; si para mañana algo halagador os prometiesen, responded sin dilación: ahora ó nunca; ó bien decid con *El burlador de Sevilla*:

«¿Qué largo me lo fiais!»

¡Oh! á pesar de su forma impalpable y de su condición imaginaria, yo le conozco bien á ese mañana: le veo encarnado en la mujer sin entrañas, en el estafador sin conciencia, en el brazo que guía el puñal del asesino, en todo lo que encierra traición y alevosía.

Mañana ayunará Galvez: á bien que no es hoy, dice el refrán, para dar á entender lo que por tiempo indefinido se difiere, lo que se promete y no se cumple. Y podemos decir nosotros: ¿quién no se ha llamado Galvez? ¿á quién no ha sido aplicable una vez el tal refrán?

Sin religion no se podría vivir; la religion es la base de la familia, el firme sustentáculo de la sociedad; son imponderables las excelencias de la religion. Y á pesar de ello, ¿qué poco la practicamos! ¿qué mal observados se ven los humanitarios preceptos del Decálogo! ¿qué contados son los justos! ¿Por qué? Porque la religion ofrece las mortificaciones hoy y aplaza los gozes para mañana; así casi todos preferimos el liviano, pero cierto placer de un día á la insegura esperanza de una fruición interminable. Hacemos mal, muy mal, porque el mañana de la virtud no es un mañana ilusorio, ni tampoco lo fué jamás el mañana del delito. Sólo Diego Marsilla, el desesperado amante de Tervel, pudo exclamar en un momento de ceguedad sublime:

«¡Maldito el hombre que virtudes siembra
Si le rinden cosecha de desgracias!»

El hoy y el mañana pueden simbolizarse en un matrimonio cuyos cónyuges se llevan mal, casi estaba por decir que en un matrimonio cualquiera: el marido, esto es, el hoy, deseoso de reconciliarse, se va acercando á la mujer, *al mañana*, y cuando se halla próximo á alcanzarla, su esposa desaparece; y un día y otro día váse repitiendo el mismo juego por toda una eternidad.

El hoy es al mañana lo que el acreedor al deudor: éste, con los ojos del miedo, ve á aquel en todas partes, aquel á éste no le ve en ninguna. Llámémosle hoy al acreedor que no cobra, *mañana* al deudor que no paga, y habrémos definido de una vez la eterna trampa del tiempo.

Pero si el mañana no existe, doy fe, perfectísima fe de que existe la mañana; tanto es así, que yo me he pasado la de hoy escribiendo el presente artículo. No recuerdo bien si era Calderon ó Lope de Vega quien decía:

«Mañanicas floridas
De Abril y Mayo.»

Otra prueba de que ya en aquellos tiempos existían las mañanas.

Estas de Mayo, sobre todo, ¡qué frescas y qué rientes! ¡qué rosas y qué lilas se ven en ellas!

Si la mañana existe y el mañana no, podría definirse diciendo: *mañana*:—palabra que, semejante á Dios, para dejar de existir hubo de hacerse hombre.

Y basta de mañanear: por no hacermie pesado, el resto del artículo lo dejo para mañana.

¿Que es muy corto? El asunto no da más de sí; si fuera de goina elástica lo estiraría un poco.

¿Que es muy malo? Mañana será otro día.

—¿Se siente vd. feliz al terminarlo?

—De ninguna manera.

—¿Cuándo lo será vd.?

—¡Mañana!

JUAN TOMÁS SALVANY.

EN LA MUERTE DE MI PADRE.

A Juan de D. Peza.

Llamó á las puertas del hogar la muerte;
En vano amor le disputó la entrada,
Porque el destino, poderoso aliado,
Vino en su ayuda y consiguió forzarla:
Y á pesar del amor, héroe vencido,
Y á pesar del dolor, mártir que calla,
Entró la muerte, levantó su brazo
É hirió terrible la cabeza amada;
Cabeza en la que un culto cariñoso
La ofrenda de sus besos colocaba,
Como coloca el sacerdote humilde
La ofrenda de su llanto sobre el ara;
Cabeza que si tuvo los honores
Que la existencia caprichosa alcanza,
Fueran obra de grandes sacrificios
Y no vil precio de dañosa infancia:
Sin la corona que el derecho usurpa,
Sin las riquezas que en el mundo acaban,
Algo grande dejó, y es el tesoro
De la limpia corona de sus canas.

«La luz se extingue en el sepulcro, dice
El hombre andaz que la verdad no abarca;
Qual si la inmensidad del infinito
En su mezquino corazón llevara.
Mentira Dios, y la existencia sombra;
Otra vida mejor, quimera vana;
El pensamiento y la razón, efectos
De causa cuyo origen no se alcanza;
La voluntad y el sentimiento, formas
En que se agita la viviente nada;
La lepra y la salud igual aspecto,
Y la virtud y la maldad hermanas.